

# Página

# femenina



ELENA NASCH Y VIRASORO, PRINCESA RODZIANKO.

«Argentinos en Europa»... cuantas veces hemos leído bajo el habitual epígrafe, las noticias que nos trae el último correo, dando cuenta de la vida de nuestros compatriotas en el extranjero: a los nombres que nos eran tan familiares se añade el indispensable comentario. «Se instalaron en San Sebastián...» o «Después de una breve temporada en Londres, han resuelto pasar un mes en la villa principesca de... en Niza». «Tal o cual potentado ha adquirido recientemente el suntuoso hotel del financista X, en los Campos Elíseos...». En ocasión de la venta de joyas de una de las soberanas actualmente en exilio, el millonario Z... compró, en una suma fabulosa, el célebre aderezo de esmeraldas, gemelo del que posee aún la reina madre de Franconia...».

No nos ha faltado tampoco el comentario de algunos intelectuales de nota, que, después de haber visitado en distintas ocasiones nuestro país, dedicaron algunos párrafos de sus impresiones a nuestros compatriotas, celebrando todos, eso sí, su belleza y elegancia proverbiales... Pero, ¿quién se ha ocupado hasta ahora, de la influencia que pudiera irradiar el espíritu femenino argentino en la sociedad europea, tan hospitalaria y tan agasajadora en Madrid o en Roma, tan cerrada, tan difícil, en cambio, en los altos círculos de Francia o de Inglaterra?

No he de referirme a las que recorrieron en rápida jira de placer — cuando lo permitían las circunstancias — las más importantes capitales, desfilando como en vertiginoso film por teatros, modistas y museos, esto si quedaba tiempo disponible... luego, Lucerna, Biarritz u Ostende, para lucir en esas estaciones ineludibles los primores adquiridos en la Rue de la Paix... Esas brillantes aves del paraíso, cuya mayor preocupación fuera renovar constantemente su vistoso plumaje, habrán dejado a su paso por los suntuosos hoteles cosmopolitas una fugaz impresión de armoniosa belleza; pero no tuvieron tiempo ni ocasión, seguramente, de vincularse en ciertos círculos tan selectos como restringidos; descontando muy señaladas excepciones, sólo la conquista definitiva logra vencer los tradicionales prejuicios de aisladas aristocracias... y esa conquista definitiva es la que incorpora viejos apellidos argentinos a vetustos áboles genealógicos en los que figuran los más ilustres títulos de toda Europa; la gracia irresistible de nuestras mujeres, va ejerciendo lentamente su influencia.

Y es sólo en la intimidad del hogar, cuando puede valorarse la característica de nuestra raza, que ha sabido conservar a través de todas las evoluciones, y a pesar de las tendenciosas influencias modernistas, aquellas nobles tradiciones de virtud y de equidad que profesaban nuestros antepasados: los rígidos y severos hidalgos castellanos... La cultura intelectual impuesta por la esmerada



CELIA SCHAW, FUTURA PRINCESA DE LOOS CORSWAREM.



ELENA PELLET LASTRA, DE CATALÁN.

educación que se exige hoy en nuestro ambiente, ha venido a modular la inteligencia o viveza innata de nuestras mujeres, y esa misma cultura las ha inducido a independizar su espíritu, haciéndolas menos reservadas, menos modestas tal vez, pero más seguras de sí mismas, y sobre todo, conscientes de su responsabilidad y preparadas para afrontarla valerosamente. Pocas son, por fortuna, las que ignoran hoy, que la vida que se ha de hacer en compañía del hombre elegido no es «juego de muñecas, ni fiesta de salón, sino camino largo que hay que recorrer, huerto que hay que labrar, casa que edificar, tierra que dominar y cielo que alcanzar. Todo eso pueden lograrlo juntos — según dice el maestro, cuyas palabras repito — un hombre, una mujer, y mucho amor; pero si falta uno de los tres elementos, la casa se hunde, el huerto no florece y el cielo se pierde...».

En tierra extraña ha de irradiar, pues, la influencia de nuestras mujeres: en la llama del hogar, en el suave resplandor que derrama la lámpara sobre el coqueto buró de su dueña, en la luminosa mirada de las rizadas cabecitas que llenarán con sus risas, viejas casas solariegas o históricos castillos, brillará siempre un reflejo de nuestra propia vida, y ha de infiltrarse de manera decisiva en extraños, apartados corazones, ese encanto irresistible de las mujeres de nuestra raza...

Figura entre las personalidades femeninas nuestras, radicadas en el extranjero, y que hemos de ver sólo entre nosotros por breves temporadas, la joven princesa Rodzianko, —Elena Nasch y Virasoro,—era una niña, cuando se trasladó con su familia a Europa, contrayendo matrimonio en Londres, con el teniente de caballería Paul Rodzianko, edecán entonces del zar Nicolás, e inseparable compañero del Gran Duque Miguel; nuestra joven y bella compatriota ha tenido por residencia durante varios años el

figuró siempre en

todas las solemnidades oficiales al lado de la madre de su esposo, la ilustre princesa Galitzine, dama de honor de la emperatriz... ¿Quién hubiera podido predecir en aquellos días de fastuosa existencia, las horas de angustia que habría de pasar más tarde la joven princesa? Herido gravemente su esposo al iniciarse la guerra, resolvió ella reunirse, definiendo todos los peligros, y así llegó, disfrazada, y acompañada sólo por un fiel servidor, hasta Varsovia, donde fué abnegada enfermera de su esposo, y de todos los desventurados que reclamaron sus cuidados. Apenas repuesto de sus heridas el príncipe Rodzianko partió para Italia con su valerosa compañera, pues le había sido encomendada por el ex zar, una misión confidencial; y en Nápoles fué donde les sorprendiera la noticia de los trágicos sucesos desarrollados en su madre Rusia...

Reciente para nosotras es la noticia del compromiso matrimonial de Celia Schaw, —Baby, como la llaman cariñosamente sus amigas,— con el barón Henri de Bogaerde, van Terbrugge, hijo de la princesa Manuela Josefina de Loos y Corswarem, y dueño del hermoso castillo de Heeswijk, cerca de Bois-le-Duc, en Bélgica... España ha conquistado a otras dos gallardas, bellísimas figuras porteñas; la joven señora de Maura y Gamazo —Sara Escalante,— y Elena Pellet Lastra, casada últimamente con el apuesto oficial del Regimiento del Rey, don Antonio Catalán. Las señoritas de Atucha, que han heredado todo el encanto de su bellísima madre, doña María Teresa Llavallol de Atucha, llevan hoy, por sus matrimonios, el aristocrático nombre de Cuevas de Vera una, y ostenta la otra, la corona de los marqueses de

Jeancourt; luego, la joven marquesa de la Bouillerie, —Adela Frederking,— que pasa actualmente una temporada en su hogar porteño; Lola Carabassa del Carril, condesa de Béarn, y tantas otras que seguirán su ejemplo, uniéndose firmemente, gracias a su encanto irresistible e irresistible, el nuevo al viejo mundo...

Y si hemos de prestar crédito a las crónicas que nos llegan, de «argentinos en Europa»... se espera también de un momento a otro, el desenlace—léase enlace—de uno de esos idílicos tan frecuentes en estos años de dolor y de sangre, el romántico y sentimental epílogo de cierta correspondencia cambiada entre París y las trincheras, por una Marraine moderna, chispeante, decidida, energética, y un valeroso pollu. Esta héroe endulza ahora con sus ensueños de amor, las eternas e intranquilas noches de campaña, bendiciendo a la Marraine porteña, que le ha deparado su destino, y que es para él, luminosa visión de las caballerescas leyendas de antaño...

LA DAMA DUENDE.



ADELA ATUCHA, CONDESA DE CUEVAS DE VERA.

JOSEFINA ATUCHA, MARQUESA DE JEANCOURT.